

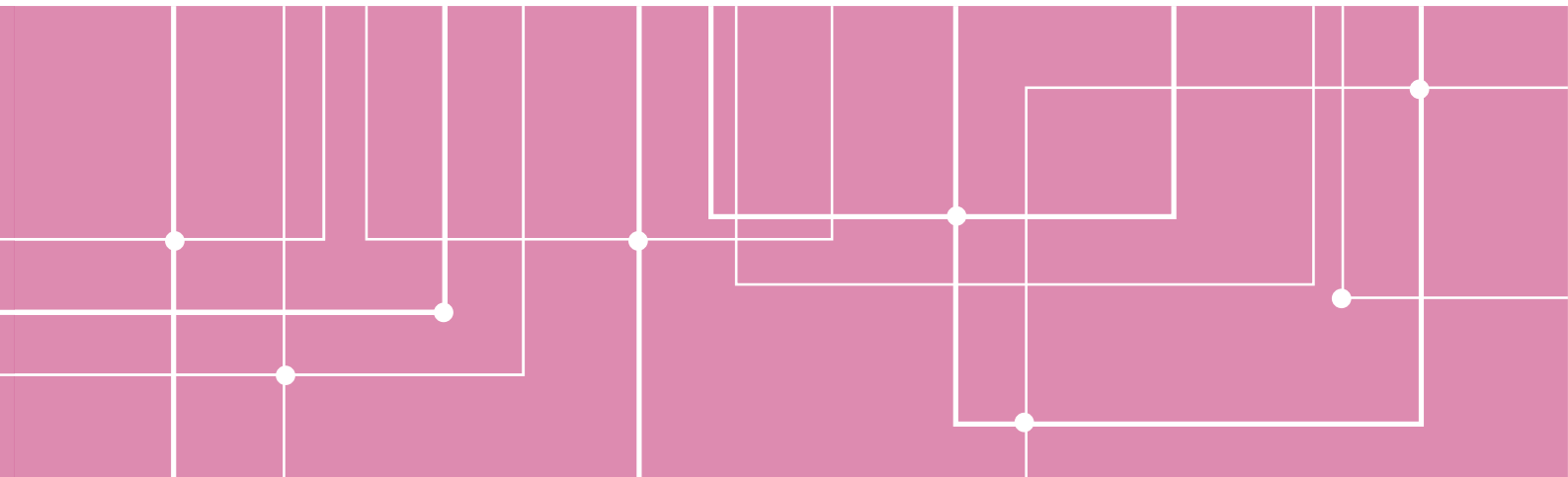
# Recordar siempre es bueno

VLADIMIR MERINO BARRERA

Es bueno que, al menos en la memoria, la historia siempre vuelva, que no se pierda. Debe estar archivada y por eso es historia, pero es obligación de quien o quienes poseen el acceso y el conocimiento de la misma, tener siempre las puertas y ventanas abiertas para que todos los acontecimientos ocurridos en el pasado, sean positivos o negativos, sean felices o trágicos, siempre estén al alcance de quienes deseen conocerlos; accesibles a la presente y especialmente a las futuras generaciones. Silenciar el pasado o el presente a través de agujeros negros del conocimiento debe ser algo rechazable desde la lógica y la inteligencia. Es de cobardes silenciarlos, pero lo es aún más practicar el arte de su negación.

Recientemente, coincidiendo el pasado mes de abril con la celebración del ochenta y cinco aniversario de la proclamación de la Segunda República Española, *La Agrupación Republicana Pikoketa de Oarsoaldea*, con el patrocinio del *Ayuntamiento*, además del *Consejo de Igualdad de Errenteria*, y encuadrándolo en los actos conmemorativos, tuvo a bien proponerme la presentación de mi libro en la casa Xenpelar, titulado *Todo comenzó con esa maldita guerra*. Una novela inspirada en hechos reales y en la vida de una niña nacida en Rentería y que durante veinte años se vio obligada a ausentarse no solo de su pueblo,





sino incluso a verse alejada miles de kilómetros del calor de sus padres y hermanos.

Todo comenzó con esa maldita guerra del treinta y seis, cuando en la noche del once al doce de septiembre cuatro mil vecinos de Rentería, prácticamente con lo puesto y por temor a lo que se avecinaba, deciden salir huyendo con destino hacia la carretera de la costa que, en el caso de la familia de Josefina (protagonista de la novela), les llevará hasta Bilbao.

Unas horas antes del éxodo, los viejos y destartalados cañones de la fortaleza militar de San Marcos disparan su munición. Desde lo alto se domina todo el valle que agrupa las localidades de Rentería y Oyarzun. Es un lugar estratégico para controlar las entradas y salidas del puerto marinerro de Pasajes, así como las comunicaciones por carretera y ferrocarril hacia la frontera con Francia. Aun así, la impresión real se corresponde con una fortificación de escasos medios para la defensa de la comarca, ante el avance del ejército sublevado contra la República.

Cuando el General Franco desde Canarias inicia la rebelión, los militares de la fortificación, en un principio con sus mandos al frente, se mantienen fieles a la República. Son los acontecimientos posteriores, escasamente dos meses después, con las dudas de los oficiales de los cuarteles de Loyola en San Sebastián en manos finalmente de los rebeldes y el caos organizado en las filas de los mandos acuartelados en el fuerte de San Marcos, los que provocan algunas deserciones, dejando en una maltrecha situación organizativa al destacamento.

Manuel Garmendia, el padre de Josefina, unos años antes y con los galones de cabo, prestó el servicio militar en ese mismo lugar. Lo conocía a la perfección y sabía de la importancia estratégica

del mismo. A pesar de sus ya treinta y largos años, no ha dudado un instante en ofrecerse voluntario para ayudar a recomponer y establecer el puesto militar al servicio del gobierno, aportando su grano de arena.

A la semana, Juan Alonso, amigo íntimo de Manuel y comisario de guerra de la recién creada Junta de Defensa de Rentería, le coloca en su vieja casaca las estrellas de teniente: dos en cada hombrera.

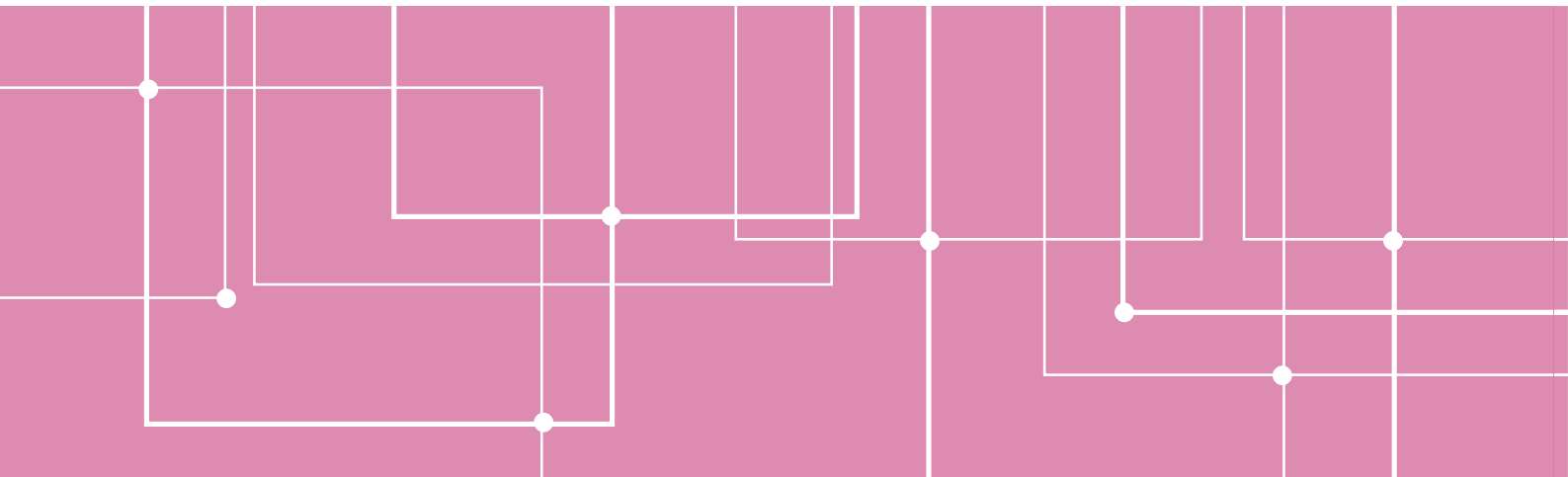
—La veteranía es un grado. —Presume ante su compañero.

Todos en el fuerte son conscientes de que se avecina lo inevitable; se oyen noticias alarmantes del avance enemigo. Afortunadamente en esos días y porteado por mulos cargados hasta la extenuación, ascendiendo por la ladera sur del monte, se recibe un importante cargamento de munición; material de artillería y varios cañones aún en buen estado. Se dice que son procedentes de los cuarteles de Loyola, producto de las fuertes luchas internas entre los militares y la decisión de algún oficial leal al gobierno de salvar todo lo posible del cuartel, ante la inminente pérdida de la plaza.

Manuel y algunos de sus compañeros tienen que hacer un curso acelerado de auto-aprendizaje. Nadie sabe utilizar el armamento recibido.

—Mi teniente, con estos cañones vamos a tener todo el valle controlado. Verá como no tienen pelotas de pasar por ahí abajo —grita a diez metros de distancia y subido sobre la pieza de artillería un joven chaval de diecinueve años que se apuntó voluntario, siguiendo la estela de su hermano mayor, miliciano del que su familia no tiene noticias desde hace varias semanas.

Manuel sonrío mirando con complacencia al chico.



—Anda, Jacinto, baja inmediatamente de ahí si no quieres que la utilice contigo dentro.

Sabe que es necesario mantener alta la moral. De lo contrario, a los primeros rugidos del enemigo, la mayoría de esos chavales saldrán corriendo monte abajo, hacia sus casas. Consigue, al menos de momento, que su rostro no exteriorice lo que realmente piensa sobre la capacidad que tienen de resistencia ante lo que se avecina.

En realidad, tampoco él se asegura a sí mismo no salir corriendo a zancadas si la cosa se pone difícil, y eso le hace sentirse incómodo, quizás algo mezquino, cuando se obliga a mantener alta la moral de los soldados, que como aquel muchacho están allí con más miedo que gloria.

Manuel, subido en lo alto de las murallas del fuerte y con ayuda de un catalejo, divisa perfectamente los tejados de la calle donde vive. Es algo de lo que disfruta, e inevitablemente tiene que compartir los lentes con sus compañeros. Muchos, como él, son milicianos voluntarios, también quieren ver de cerca los tejados de sus casas y todos saben que si los rebeldes cruzan Rentería por la carretera principal, la situación será desesperada. Tendrán que bombardear sus propias viviendas; abajo, en el pueblo, están ensayando un vasto movimiento de evacuación.

Juan Alonso intuye y no es necesario ser gran estratega para comprender que tienen los días, quizás las horas, contadas.

El once de septiembre se organiza la masiva evacuación; los requetés ocupan la localidad de Oyarzun y, desde allí, planifican el acoso y la toma de Rentería.

Los cañones se ponen al rojo vivo, bombardean desde lo alto de la fortificación la localidad ocupada por el enemigo.

—¡Jacinto! ¡Hay que darles caña; no hay que dejarles salir de Oyarzun!

—¡Sí, mi teniente! El chaval corre de un lado a otro atendiendo las demandas y órdenes de Manuel.

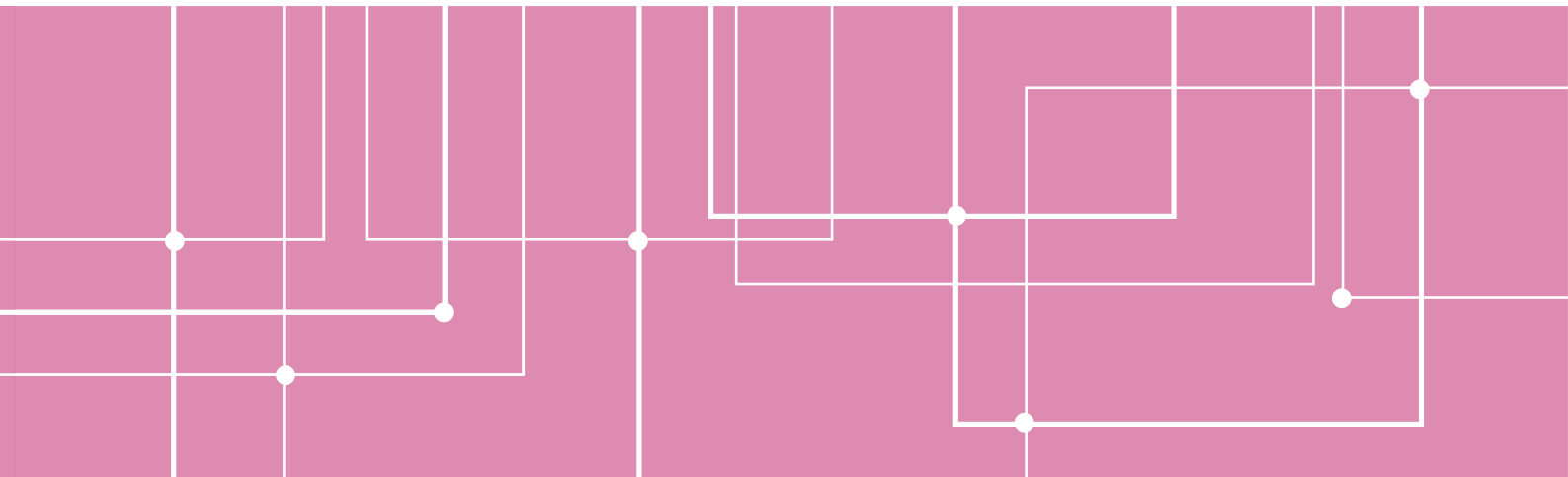
—¡Indica a la cañonera de Mendizábal que eleve el disparo; y date prisa cojones...! Dile que sus proyectiles están cayendo sobre nuestra gente, que va a machacar el barrio de Las Agustinas.

Es necesario un esfuerzo hasta el agotamiento. Todos en el fuerte saben que tienen las horas contadas; el resultado no es incierto, es evidente. Deben abandonar rápidamente San Marcos.

...Pero aún queda un esfuerzo final. En esos mismos instantes, la población está abandonando el pueblo.

Prácticamente todos los componentes del fuerte tienen algún familiar. Los jóvenes están movilizados, pero allí abajo viven sus padres, sus esposas o novias, también los niños y los ancianos. La consigna es quemar toda la munición, agotar la resistencia de los cañones dando tiempo a la evacuación y después... después salir corriendo monte abajo y unirse a los más de cuatro mil civiles que se alejan precipitadamente en camiones o como pueden, buscando refugios donde los haya.

Desde lo alto de las murallas del fuerte, se ve perfectamente la larga silueta de camiones y todo tipo de vehículos cargados de personas, se aprecian los escasos bultos adicionales que transportan; lo importante es salvar la vida —piensa Manuel—. Supone un triste espectáculo, casi a vista de pájaro, ver desfilan atropelladamente a familiares, vecinos, conocidos, etc. Algunos, más bien bastantes, tienen que hacerlo andando; no es posible la evacuación motorizada para todos. Se da prioridad a las mujeres con hijos menores y a



los ancianos, después al resto de las mujeres. La gran mayoría de los varones salen corriendo. Es de suponer que el reencuentro posterior de las familias en muchos casos será bastante complicado, cuando no imposible; siempre queda alguien por el camino.

A eso de las ocho de la tarde del día siguiente los requetés ocupan la localidad. Las calles están vacías, se aprecian, además de escombros, las llamas de la Papelera Española, alguien ha dado fuego a la fábrica. El silencio es absoluto, no se oyen ni los ecos del pánico. Solo se encuentra un cadáver, el de una mujer en la cuneta de la carretera tapada con una manta y una pequeña bandera republicana entrecruzada con una ikurriña. Tiene sangre seca en los labios.

Quizás por el efecto provocador de verla cubierta con las banderas, entre dos soldados, agarran el cadáver por las extremidades y lo tiran a la ría. Está descendiendo la marea y se lo lleva la corriente hacia la bahía de Pasajes. ¡Hay que limpiar las calles! Se oye decir a uno de ellos.

Ese día comienza el exilio de Josefina. Llegará con su familia hasta Bilbao y allí, unos meses después, el 13 de junio de 1937, junto a otros 1495 niños iniciará en barco un éxodo hacia la Unión Soviética. La previsión era volver a su tierra y con sus familias al terminar la guerra. Diecinueve años tardaron las autoridades soviéticas y españolas en acordar la repatriación. Josefina comentaría años después: «Fui niña y volví mujer»

No hay espacio en estas páginas para extenderme en lo que fueron las vivencias de esta hija de

Rentería por ese vasto país del oriente europeo. Solo indicar que acompañada de otros muchos niños, por decisión de sus padres y con el apoyo y colaboración de Cruz Roja Internacional, consiguió alejarse del drama de la Guerra Civil Española. Sin embargo, víctima como millones de europeos, el infortunio la envolvió en las redes de la 2ª Guerra Mundial y la invasión alemana a la URSS.

Nuevamente y a miles de kilómetros de su casa, pero en esta ocasión escapando de los soldados de Hitler, se vio obligada a continuar ese éxodo de destino incierto, llegando con temperaturas inferiores a -25º a la falda de los Urales en las mismas puertas de Siberia.

Cerca de cuatro mil niños llegaron a la URSS. No todos pero sí la mayoría, diecinueve años después, fallecido ya Stalin, volvieron al encuentro de sus familias. Josefina fue una de ellas. Cuenta en su relato que encontró una Rentería gris, muy gris y silenciosa, una localidad donde se hablaba en voz baja, muy baja; donde nadie opinaba al menos ante terceros sobre lo que estaba bien o mal en el quehacer público. Cuenta que volvió con un título universitario pero que las autoridades españolas no se lo reconocieron. Cuenta que tuvo la fortuna de encontrar trabajo en Bianchi (Pasajes Ancho) y con su primer salario, regaló a sus padres una radio con muchos botones frontales y con la que todos los días al anochecer y con el volumen muy bajo, muy bajo, Manuel, su padre, ese antiguo miliciano del Fuerte de San Marcos, escuchaba *La Pirinaica*. Pero eso sí, lo hacía con la oreja pegada al aparato. Cuenta también que...